

diré nada á mi madre y podrás ver á Jeromo tantas veces como gustes.

—Pero, señorita, no hay nada malo en ello; Jeromo no viene con otra intención que la de casarse conmigo...

—Entonces ¿á qué esas citas por la noche?

Aterrada, no supo Marieta qué contestar.

—Escucha, Marieta; también yo amo, ¡yo! Amo en secreto y sin correspondencia. Soy, además, hija única, y puedes, por tanto, esperar más de mí que de nadie en el mundo.

—Ciertamente, señorita, y puede usted contar con nosotros en vida y muerte—exclamó Marieta, gozosa de aquel desenlace imprevisto.

—Entonces, silencio por silencio. No quiero casarme con el señor Soulas; pero quiero, y cuenta que en absoluto, determinado servicio; sólo á este precio merecerás mi protección.

—¿Y qué es ello?

—Quiero ver las cartas que el señor Savaron entrego á Jeromo para depositarlas en correos.

—¿Con qué fin?—preguntó Marieta asustada.

—¡Oh! sólo para leerlas. Después las echarás tú misma al buzón; un poco de retraso, ni más ni menos.

Ama y criada entraron en la iglesia, y cada una de ellas quedó sumida en sus propias meditaciones, en lugar de leer el ordinario de la misa.

—¡Dios mío, y cuántos pecados hay en todo eso!—pensó Marieta.

Trastornado todo su ser, el alma, el cerebro, el corazón, por la lectura de la novela, vió en aquel escrito una especie de historia dedicada exclusivamente á su rival. En fuerza de hacer reflexiones como los niños, sin salir del mismo tema, acabó por pensar que la *Revista del Este* debía mandarse á la adorada de Alberto.

De rodillas, con la cabeza hundida entre las manos y en actitud de estar humildemente entregada á la oración, murmuraba:

—¡Oh! ¿cómo me las compondría yo para hacer que mi padre consulte la lista de las gentes á quienes se manda el periódico?

Después del almuerzo dió una vuelta por el jardín con su padre, engatusándole con zalamerías y dirigiéndolo hacia el kiosco.

—¿Crees tú, papaito, que nuestra Revista va al extranjero?

—No hay tiempo; no hace justamente más que empezar...

—Pues yo apuesto que sí.

—No es probable.

—Anda y averígualo y entérate del nombre de los suscriptores que haya en el extranjero.

Dos horas más tarde, el señor de Watteville contestó á su hija:

—Tenía yo razón. No hay un solo extranjero fuera de Francia. Se confía en extender el periódico por Neuchatel, por Berna y por Ginebra. Se envía un ejemplar á Italia, pero gratuito, á una dama milanesa y á su quinta en el lago Mayor, en Belgirate.

—¿Su nombre?—preguntó con impaciencia Rosalía.

—La duquesa de Argaiolo.

—¿La conoces tú, padre mío?

—He oído hablar de ella. Nació princesa Soderini y es florentina, una gran señora, tan rica como su marido, que posee una de las fortunas más saneadas de Lombardía. Su palacio en el lago Mayor es una de las curiosidades de Italia.

Dos días después de esto, Marieta entregó la carta siguiente á la señorita de Watteville:

ALBERTO SAVARON Á LEOPOLDO HANNEQUÍN

«Pues bien, sí, querido amigo, estoy en Besançon, y no viajando como tú has llegado á figurarte. Hice propósito de no decirte nada hasta el momento en que se iniciara el triunfo, y héteme ya en sus albores. Sí, querido Leopoldo; después de tantas empresas malogradas en que he consumido lo más puro de mi sangre, y tantos esfuerzos, y tantos ánimos, me he empeñado en seguir tu ejemplo: seguir por el camino trillado, el gran camino, la vía más ancha y segura. ¡Qué salto el tuyo para afirmarte en tu silla de notario! Pero no creas que haya sufrido transformaci

alguna en mis sentimientos ni en las intimidades de mi vida; sólo tú en el mundo conoces mi secreto, y aun así con las reservas que *ella* impone. Nunca te dije lo que me ocurría en París, pero lo cierto es que me era intolerable la existencia en la capital. El desenlace de la primer empresa en que cifraba yo todas mis esperanzas y que fracasó por la abominable perfidia de mis dos socios, puestos de acuerdo para engañarme, para despojarme (á mí, cuando sólo por mi actividad estaban los negocios de la casa en buen pie), ha hecho que renunciase á la fortuna por los beneficios pecuniarios, después de haber perdido tres años infructuosamente, y uno de ellos en pleitos. Es posible que hubiera salido también de esto con las manos en la cabeza, si no llego á estudiar la abogacía. Ahora me consagro á la política, con el objeto de que algún día se me incluya en cualquier real orden nombrándome par, con el título de conde Alberto Savaron de Savarus; deseo que retoñe en Francia un excelente nombre que se extingue en Bélgica, por más que no sea yo ni legítimo ni legitimado.»

—¡Ah, y cuán segura estaba yo de que es noble!— murmuró Rosalía apartando los ojos de la carta. Después siguió:

«Sabes tú que he estudiado á conciencia, y que he sido un periodista obscuro, pero infatigable y útil, y cuán admirablemente serví de secretario para aquel estadista, que no me fué ingrato cuando pudo servirme en 1829. Vuelto á la nada por culpa de la revolución de julio y cuando mi nombre empezaba á brillar, magistrado en el Consejo del rey, me tenías á punto de constituirme en engranaje necesario de la máquina política, cuando cometí la enorme falta de permanecer fiel á los vencidos, de luchar por ellos, y sin ayuda de ellos. ¡Ah! ¡qué lástima que sólo tuviese yo treinta y tres años y que no recurriese á tí para que me declarases elegible! Te he ocultado todos mis sacrificios, mis peligros todos. ¿Qué quieres? ¡Era tan grande mi fe! Además, no habríamos podido ponernos de acuerdo. Diez meses atrás, tú me veías alegre y sa-

lísfecho, redactando mis artículos políticos, y, sin embargo, mi desesperación era horrible: como que me consideraba hundido á los treinta y siete años, con dos mil francos por toda fortuna, sin el más leve renombre, y en el punto de fracasar mi nueva empresa, la de un periódico diario que sólo respondía á las aspiraciones del porvenir, cuando debiera dirigirse á los apasionamientos de lo presente. Ya no sabía qué partido tomar. ¡Y, sin embargo, me sentía con alientos para todo! Ibame sombrío, angustiado, á los lugares más ocultos de ese París que se me escapaba, que huía de mí, con el pensamiento infatigable en mis ambiciones burladas, que no quería abandonar por inútiles. ¡Qué violentos transportes de cólera en las cartas que por entonces le escribí á *ella*, mi segunda conciencia, mi otro yo! Había momentos en que pensaba: ¿qué necesidad tengo de trazarme tan vasto programa? ¿por qué me he de empeñar en alcanzarlo todo? ¿por qué no esperar pacientemente á que me sorprenda la dicha, consagrándome á cualquier ocupación, aunque sea poco menos que mecánica?

»Y ya me tenías ilusionado con un modesto empleo que me bastase para vivir, y ya iba á conseguir la dirección de un periódico con un gerente que no sabe gran cosa, hombre ambicioso, cuando me sentí sobreogido de terror.

»—¿Aceptaré *ella* por esposo á un amante que desienda tan bajo?— reflexioné.

»Pues esta reflexión me ha devuelto las energías de los veintidós años. ¡Ay, mi querido Leopoldo, y cómo se consume el alma en estas vacilaciones! ¡Cómo deben sufrir las águilas enjauladas, los leones encadenados!... Sufren como sufría Napoleón, no en Santa Elena, sino en las Tullerías, el 10 de agosto, viendo defendiéndose tan desastrosamente á Luis XVI, cuando él tenía alientos para dominar la sedición, según hizo más tarde, en vendimiario, y en los mismos lugares. Pues bien: por mi existencia ha pasado ese sufrimiento de un día dilatándose durante cuatro años. ¿Cuántos discursos dirigidos á la Cámara no he pronunciado recorriendo los desiertos andenes del bosque de Boulogne? Cierto que estas improvisaciones

estériles han ejercitado mi lengua y han acostumbrado mi espíritu á formular los pensamientos con el ropaje de las palabras; pero ¡cuánto he sufrido! Mientras me consumía yo en estas penas ocultas, tú te casabas, acababas de pagar tus atrasos, y te nombraban teniente alcalde en tu distrito, después de haber ganado la cruz á cambio de salir herido en Saint-Merri.

»¡Escucha! Cuando era yo pequeño y atormentaba á los saltamontes, revolvíanse los pobres insectos de modo que casi me daban fiebre. Ocurría esto cuando les veía hacer esfuerzos supremos, infatigables, para arrancar el vuelo, sin poder conseguirlo, aunque llegasen á levantar las alas. Decíamos entonces: *¡se impacientan!* ¿Era simpatía? ¿era una visión de mi porvenir? ¡Oh, desplegar las alas y no conseguir tender el vuelo! He ahí lo que me ha sucedido después del fracaso de la gran empresa, en que á mí me despojaron y que ahora ha enriquecido á cuatro familias.

»Por último resolví hace siete meses conquistarme un nombre en el foro de París, viendo cómo escaseaban los abogados en los tribunales por la colocación de gran número de ellos, á quienes concedían destinos eminentes. Pero recordando cuántas rivalidades, pequeñeces y envidias pude observar entre los compañeros de la prensa y cuán difícil es conseguir el triunfo, cualquiera que sea el ramo á que se consagren las aptitudes, en ese París, arena donde se citan tantos campeones para la lucha, adopté una resolución cruel para mí, pero de éxito seguro y quizás más rápido que cualquier otro. En nuestros ratos de palique me habías explicado tú cómo está constituido socialmente Besançon y la imposibilidad para todo forastero de introducirse, de atraerse al público, de casarse, de romper los apretados rangos sociales, de triunfar en empresa alguna. Y allí quise sentar mi pabellón, pensando razonablemente que salvaría los peligros de la competencia, encontrándome solo para las intrigas de las elecciones. ¿Los del condado no quieren ver al forastero? Bueno; pues el forastero no los verá á ellos. ¿Le cierran las puertas de sus salones? No intentará presentarse; no se le tropezará en parte alguna, ni aun en las calles. Pero hay una clase

que nombra á los diputados, y esa es la del comercio. Propúseme estudiar los asuntos mercantiles, que conocía antes de ahora, y ganar pleitos y conciliar á los desavenidos y ser el abogado más notable de Besançon. Luego entraba en mis cálculos fundar una Revista defensora de los intereses del país, que haré que se creen, que vivan, ó que reverdezcan. Cuando haya conquistado uno por uno bastantes votos, mi nombre saldrá triunfante de la urna. Se mirará con desdén durante mucho tiempo al abogado desconocido; pero cuento con una circunstancia infalible que le haga célebre, una defensa gratuita, por ejemplo, un asunto del cual no quieran encargarse los otros abogados. Con hablar sólo una vez, segura tengo la victoria. Nada, querido Leopoldo; que hice embalar mi biblioteca en once cajas, que compré cuantos libros de derecho pudieran serme útiles, y que lo puse todo, incluso mi equipaje, con destino á Besançon. Enfundé mis diplomas, reuní mil escudos, y corrí á decirte adiós. El correo me dejó en Besançon, donde empleé tres días para escoger una casa, no muy grande, con vistas á unos jardines, y he arreglado suntuosamente la habitación misteriosa, en que transcurren mis noches y mis días y donde luce el retrato de mi ídolo, de aquella á quien consagro mi existencia toda, que llena mi ser, que es el principio de mis energías y el secreto impulso de mi valor y causa de mi talento. Más tarde, cuando llegaron muebles y libros, busqué un criado inteligente y estuve durante cinco meses como una marmota en invierno. Habíame ya inscrito en el cuadro de abogados, y á la postre se me nombró de oficio para defender á un desgraciado ante la Audiencia, sin duda para oírme hablar siquiera una vez. Figuraba en el jurado uno de los comerciantes más influyentes de Besançon, que tenía en pleito uno de los más arduos litigios, y yo hice cuanto pude en la causa del pobre hombre, obteniendo el éxito más absoluto y ruidoso. Mi defendido era inocente, y valiéndome de un aparato dramático, hice que se prendiera á los verdaderos culpables que figuraban entre los testigos. Hasta el tribunal participó de la admiración del público. Tuve buen cuidado de no herir en

su amor propio al juez instructor, demostrando la casi imposibilidad de descubrir trama tan bien urdida. Obtuve, claro está, la clientela de un buen comerciante, á quien he hecho salir ganancioso. El Capítulo de la catedral me confió un asunto que se sustentaba en pleito interminable con el municipio, y que llevaba ya nada menos que cuatro años de fecha. Lo gané. Tres defensas han sido suficientes para conquistarme fama de ser el mejor jurisconsulto del Franco-Conado. Pero oculto mi existencia en la reserva más impenetrable y así velo mis intenciones. He adquirido hábitos y costumbres que me disculpan si rehúso toda invitación que se me hace para mostrarme en público. No tengo consultas más que desde las seis á las ocho de la mañana; me acuesto en cuanto como y trabajo por la noche. El vicario general, hombre astuto y muy influyente, y que fué quien me confió el negocio del Capítulo, perdido en primera instancia, hablóme, como era natural, de la gratitud, etc. «Señor, le dije, ganaré el pleito, pero no quiero cobrar honorarios; es para mí preferible... (irguió el talle el buen clérigo) cuente usted con que me perjudico enormemente litigando contra el municipio; he venido aquí con el intento de ser diputado y no quiero defender más que asuntos mercantiles, porque los comerciantes ganan las elecciones, y éstos desconfiarán de mí si pleiteo por *los curas*, pues ustedes son *los curas* para ellos. Si consiento en encargarme de este negocio es porque yo he sido, en 1828, secretario particular de tal Ministerio (nuevo movimiento de admiración en mi abate) y he figurado en el Consejo del rey con el nombre de Alberto Savarus (otro movimiento). Continúo consecuente con mis ideas monárquicas; pero como ustedes no reúnen mayoría en Besançon, es indispensable que adquiriera yo los votos precisos en la clase media. Luego, los honorarios que pido estriban en los votos que pueda usted aportarme con todo sigilo cuando llegue el momento oportuno. Guardemos el secreto mutuamente y abogaré gratis todos los pleitos de todos los curas de la diócesis. No me pregunte usted palabra de mis antecedentes y prometa-monos fidelidad. «Cuando volvió á darme las gracias,

púsome en la mano un billete de quinientos francos, silbándome al oído: «Los votos están siempre disponibles.» Creo que he logrado al cabo de las cinco conferencias que van celebradas, hacerme amigo de este vicario general. Agobiado de trabajo, ahora no me encargo sino de los que interesan al comercio, con excusa de que son mi especialidad. Esta táctica me permite atraerme á las personas de influencia. Todo va bien. Al cabo de pocos meses podré hallar una casa en venta que me proporcione el censo que necesito sufragar. Cuento contigo para que me prestes el capital que haga falta para la compra. Si yo muriese, ó fracasara en mi plan, no sería grande la pérdida para que este peligro valga la pena de ser tomado en consideración, tratándose de nosotros. Los intereses te serán abonados del alquiler, y, por otra parte, buen cuidado tendré yo en aprovechar una buena coyuntura para que no pierdas lo más mínimo haciéndome esta hipoteca necesaria.

»Ay, mi querido Leopoldo! No ha habido jamás jugador ninguno que, llevando en su bolsillo el resto de su fortuna, y jugándolo en el Círculo de los extranjeros, durante la última noche que ha de arruinarle ó enriquecerle, oyera como yo resonar el zumbido inextinguible en las orejas, ni se le bañasen como á mí las manos de sudor nervioso, ni angustiara su cerebro la agitación febril, ni rindieran su cuerpo los escalofríos que yo siento todos los días jugando mi última partida al juego de la ambición. ¡Ay de mí, caro y único amigo! ¡Considera que van ya diez años de lucha implacable! Este combate con los hombres y las cosas, en que he explotado incesantemente mis fuerzas y mis energías, en que de tal modo he gastado los resortes del deseo, me ha minado, por decirlo, en lo más profundo de mí ser. Aunque en la apariencia estoy vigoroso y lleno de salud, me encuentro perdido. Cada día se me lleva un despojo de mi vida íntima. A cada esfuerzo nuevo comprendo que me sería imposible volver á la carga. No tengo ya potencias sino para conquistar la ventura, y si no viniera á ceñir con su corona de rosas mi cabeza, el *yo* que en mí hay dejaría de ser; convirti-

riame en ruinas, en *cosa* destruída, porque nada desearía en el mundo, ni querría ser nada. Bien sabes que el poder y la gloria, inmenso tesoro moral que busco, sólo es secundario para mí; medio para conseguir la felicidad, pedestal de mi ídolo.

»¡Esperar el fin expirando, como el viejo caminante! ¡ver que llegan juntas la fortuna y la muerte al dintel de la puerta! ¡obtener á la que se adora en el momento en que se apaga el amor! ¡faltarle á uno la facultad de gozar cuando ha conquistado el derecho de vivir dichoso...! ¡Oh, y á cuántos hombres les atormentó así el destino!

»Hay, ciertamente, un momento en que Tántalo se para, se cruza de brazos y desafía al infierno, renunciando á su papel de eterno burlado. Eso sería yo, si por cualquier circunstancia fortuita fallase mi plan; si después de haber doblado la cabeza ante el polvo de la provincia y haber corrido como tigre hambriento en torno de esos comerciantes, de estos electores, para obtener su concurso; si después de haber defendido los negocios más estériles, y haber perdido todo mi tiempo, que podría pasar en el lago Mayor, contemplando las aguas en que *ella* se mira, inclinándome al peso de sus miradas, oyendo su voz, en fin, no consiguiera asaltar la tribuna para conquistar en ella la aureola que debe circundar á un nombre con que reemplazar sin menoscabo al de Argaiolo... Te confieso, Leopoldo, que me siento ciertos días presa de una languidez triste; suben del fondo de mi alma displicencias mortales, sobre todo cuando, á la vuelta de largos ensueños, me he dejado arrastrar por la esperanza de un amor gozoso y feliz. ¿No tendrá el deseo sino cierta proporción de energía para levantar nuestro ánimo y puede malograrse cuando se abusa en la efusión de esta substancia? Con todo, en este momento la vida es bella, porque me siento sostenido por la fe, por el trabajo y por el amor. Adiós, amigo mío. Abraza á tus hijos y da recuerdos á tu excelente esposa.

»Vuestro ALBERTO.»

Leyó Rosalía dos veces esta carta, y grabáronsele en el corazón los conceptos generales. Penetró de improviso en la vida anterior de Alberto, pues su viva inteligencia le explicó todos sus pormenores é hizo que se desplegara á sus ojos en toda su extensión. Atando los cabos de esta confidencia con lo que había leído en la novela de la Revista, comprendió el carácter de Alberto por entero. Naturalmente, exageró las líneas vigorosas de aquella alma superior, de aquella voluntad de hierro; su cariño se convirtió así en pasión violenta que acrecían el poderoso impulso de la juventud, los pesares de la soledad en que se deshacía su espíritu y la energía profunda de su carácter. Amar es para las jóvenes un efecto de la ley natural, pero cuando esta sed de afectos busca el manantial en un hombre extraordinario, se aumenta con el entusiasmo propio de la juventud. De este modo, no tardó la señorita de Watteville en pasar por una fase morbosa, peligrosísima, de la exaltación apasionada. La baronesa se mostraba muy satisfecha de su hija, que no había vuelto á rebelársele, y que, sometida á sus profundas preocupaciones, aplicábase con ardor á sus tareas, conforme con el ideal que aquella madre tenía de lo que debe ser la hija obediente.

El abogado concurría al foro dos ó tres veces por semana. Aunque eran muchos los pleitos, bastábase para atender al Palacio, á lo contencioso del comercio y á la Revista. Continuaba viviendo en el misterio, seguro de que su influencia sería más efectiva y eficaz cuanto más secreta y oculta. Pero no desperdiciaba ningún medio para triunfar, estudiando el censo de electores y apuntando todo lo que convenía á sus intereses, á sus caracteres, á sus distintos afectos, hasta á sus antipatías, para aprovechar las observaciones oportunamente. ¿Ha trabajado nunca con tanto empuje un cardenal que aspira á ser papa?

Cierta noche, estando Marieta vistiendo á Rosalía para concurrir á una velada, le entregó, no sin lamentarse de aquel abuso de confianza, otra carta cuyo sobrescrito tuvo la virtud de hacer temblar, palidecer y sonrojar á la señorita de Watteville.

A LA SEÑORA DUQUESA DE ARGAILO

(Princesa primogénita Soderini)

En Belgirate (ITALIA)

Lago Mayor

Brilló á sus ojos esta dirección como debió brillar *Mané, Thecel, Pharés*, á los ojos de Baltasar. Ocultó la carta y bajó para acompañar á su madre á casa de la señora de Chavoncourt; mientras duró aquella velada interminable asaltaronle no pocos escrúpulos, invencibles remordimientos. Háblale avergonzado ya anteriormente la violación de la correspondencia dirigida á Leopoldo, y se preguntaba repetidas veces si al descubrir aquel crimen, infame por lo impune, la estimaría el noble Alberto. Su conciencia contestaba enérgicamente: ¡No! Expió su falta imponiéndose penitencias severísimas: ayunaba, mortificábase permaneciendo de rodillas con los brazos en cruz y murmurando plegarias durante algunas horas. Había obligado, además, á Marieta á que la imitara en estos actos de arrepentimiento, y el ascetismo más sincero se mezclaba con su pasión, haciéndola mucho más peligrosa.

—¿Leeré ó no leeré esa carta?—preguntábase escuchando la charla de las pequeñas de Chavoncourt. Una tenía diez y seis años y otra diez y siete y medio, y Rosalía consideraba á sus amigas como menores, porque no amaban en secreto.—Sí, la leo—añadía después de haber fluctuado durante una hora entre el *no* y el *sí*;—prometo que será la última. Puesto que ya he hecho lo más, sabiendo lo que escribía á su amigo ¿por qué no enterarme de lo que le dice á ella? Esto podrá ser un crimen horrible, pero ¿no es al mismo tiempo una prueba de amor? ¡Oh Alberto! ¿no soy yo tu mujer?

Cuando se metió en el lecho abrió la carta que había sido fechada día por día, de modo que transmitiese á la duquesa la fiel imagen de la vida y de los sentimientos de Savarus.

25

«Querida alma mía, todo marcha á pedir de boca. A las conquistas que llevo hechas acabo de añadir una inestimable; he prestado mis servicios á uno de los personajes más influyentes en las elecciones. Como los críticos que labran la fama de los demás sin poder conseguirla para sí, él saca diputados sin poder lograr que le nombren. El buen hombre ha querido manifestarme su gratitud á precio alzado, diciéndome: «¿Quiere usted ir á la Cámara? Puedo elevarle á la Diputación.» «Si me resolviera á meterme en política» repuse muy hipócritamente, sería para dedicarme á la defensa del condado, que estimo de corazón, y donde se me aprecia.» «Pues bien, ya le convenceremos á usted, y tendremos, por medio de usted, una influencia positiva en las Cortes, puesto que usted brillará en ellas, gracias á su talento».

»Así, mi ángel querido, aunque digas lo contrario, mi constancia obtendrá su recompensa. Dentro de poco hablaré desde lo alto de la tribuna francesa á mi país, á Europa. Mi nombre llegará hasta ti resonando en las cien trompetas de la prensa.

»Sí; como tú dices, he llegado viejo á Besançon, y Besançon me ha envejecido aun más; pero como Sixto-Quinto, seré joven al día siguiente de mi elección. Viviré mi vida propia, entraré en mi esfera. ¿No estaremos entonces ambos al mismo nivel? El conde Savaron de Savarus, embajador de no sé dónde, podrá desposar, ciertamente, á una princesa de Soderini, viuda del duque de Argaiolo. El triunfo rejuvenece á los hombres conservados por la fiebre de la lucha incesante. ¡Oh, vida mía! ¡Con qué gozo he saltado de mi biblioteca á mi gabinete y me he puesto delante de tu adorado retrato, á quien he dicho todas estas cosas antes de escribirte! Sí, mis votos, los del vicario general, los de muchos á quienes me atraeré y los de este cliente, aseguran ya mi triunfo.»

26

«Hemos entrado en el año duodécimo, á partir de la inolvidable noche en que, con una mirada, ratificó

la hermosa duquesa las promesas de la proscrita Francesca. ¡Ah, querida! Tú tienes treinta y dos años, y yo treinta y cinco; el caro duque cuenta setenta y siete, esto es, diez años más él solo, que nosotros dos juntos, ¡y continúa tan fresco y lozano! Tengo tanta paciencia, como grande es mi amor, y, por otra parte, necesito aún algunos años para elevar mi fortuna á la altura de tu nombre. Ya lo ves; estoy alegre, río hoy; ese es el efecto de la esperanza. Tristeza ó alegría, todo me viene de ti. La esperanza de vencer me transporta siempre al día siguiente de aquel en que te vi por primera vez y mi vida se unió á la tuya como la tierra á la luz. *Qual pianto* esos doce años, pues ya nos hallamos en el veintiséis de diciembre, aniversario de mi llegada á tu *villa* del lago de *Constance*. Once años que yo te clamo y que tú brillas como una estrella colocada muy alta para que un hombre pueda llegar hasta ella.»

27

«No, querida; no vayas á Milán; permanece en *Belgirate*. Milán me asusta. No me agradan esas horribles costumbres milanesas, como la de hablar todas las noches en la *Scala* con una docena de personas, entre las cuales es difícil que no se cruce algún requiebro. Para mí es la soledad como el trozo de ámbar en cuyo seno vive perennemente un insecto sin perder su inmutable belleza. El alma y el cuerpo de una mujer permanecen así puros y en la forma de su juventud. ¿Acaso echas de menos á esos *Tedeschi*?»

28

«¿No acabará nunca de labrarse tu estatua? Quisiera tener tu imagen en mármol, en pintura, en miniatura, de todos los modos, para ir engañando mi impaciencia. Espero la vista de *Belgirate* al mediodía y la de la terraza. Son las únicas que no poseo. Estoy tan ocupado, que no puedo hoy decirte nada más que una nonada, pero ese nada lo es todo. ¿No hizo Dios de la nada el mundo? Esa nonada, es una frase, la palabra de Dios: *¡te amo!*»

30

«¡Ah! he recibido tu periódico; ¡gracias por la exactitud! ¿Te ha agradado, pues, ver los pormenores de nuestra primer entrevista copiados así? ¡Ay, con todo y velarlos, temía ofenderte! No teníamos novelas, y una Revista sin novelas es como una hermosa sin caballos. Poco afortunado para inventar por esfuerzo de mi fantasía, he recogido el aroma de la única poesía que perfumaba mi alma y la sola aventura flotante en mis recuerdos; la he templado al tono en que pudiera ser cantada, y no he dejado un momento de pensar en ti escribiendo el único fragmento literario que saldrá de mi corazón, no puedo decir de mi pluma. La transformación del arisco Sormano en Gina, ¿no te ha hecho reír?»

«Me preguntas cómo va la salud. Pues mucho mejor que en París. Aunque trabajo enormemente, la tranquilidad que dan los medios para luchar ejerce su influencia en el alma. Lo que fatiga y envejece, querido ángel, son esas angustias de la vanidad burlesca, esas inquietudes continuas en la vida parisiense, esas disputas de la ambición entre rivales. La calma es balsámica. ¡Si supieras cómo me ha complacido tu carta, esa buena é interminable carta en que me cuentas tan bien los menores accidentes de tu existencia! No, las mujeres no sabréis nunca hasta qué punto aprecia el verdadero amante esas naderías. La muestra de tu vestido nuevo me ha alegrado mucho. ¿Crees que es para mí indiferente saber cómo te adornas? ¿si tu frente sublime se nubla? ¿si nuestros autores te distraen? ¿si los cantos de *Canalis* te exaltan? Leo los libros que lees tú. No hay pasaje, hasta el que me cuenta tu paseo por el lago, que no me haya conmovido. ¡Tu carta es bella, suave como tu alma! ¡Oh, flor celeste y perdurablemente adorada! ¡Hubiera podido vivir yo sin esas queridas cartas que hace once años me vienen sosteniendo en mi difícil peregrinación, como una claridad, como un perfume, como un canto tierno, como un pan divino, como todo lo que consuela y encanta la vida? ¿Que no me falten nunca! ¡Si supieras cuánta es mi angustia la víspera del día en que las

recibo, y cuánto dolor me causa el retraso de un solo correo! ¿Está enferma? ¿está enfermo él? Me encuentro entonces colocado entre el infierno y el paraíso, me vuelvo loco. ¡O *mia cara diva!* Cultiva sin desmayo la música, ejercita la voz, estudia. Me tiene encantado esa conformidad de trabajos y de horas que hace que, separados por los Alpes, vivamos exactamente de la misma manera. Esta idea me alegra, me da mucho valor. Cuando pronuncié mi primer defensa, nunca te he dicho eso, forjábame la ilusión de que me escuchabas y he sentido arder en mi alma el soplo de inspiración que coloca al poeta por encima de la humanidad. Si voy á la Cámara, vendrás á París para asistir á mi estreno.»

30 por la noche

«¡Dios mío, y cuánto te amo! ¡Ay de mí! He puesto todo un mundo de cosas en mi amor y en mis esperanzas. Cualquier accidente que hiciera naufragar esta barca demasiado cargada, acabaría con mi existencia. Hace tres años que no te he visto, y á la sola idea de ir á *Belgirate*, mi corazón late tan fuerte, que me veo obligado á detenerme para respirar... ¡Verte, oír esa voz infantil y preñada de caricias! ¡Besar con los ojos esa tez de marfil, tan brillante cuando la ilumina la luz y que refleja tan bien tus pensamientos! ¡Admirar tus dedos deslizándose por las teclas, recibir toda tu alma en una mirada y tu corazón en el acento con que pronuncias un *¡Oh amado!* ó un *¡Alberto!* ¡Pasarnos entre los naranjos floridos, vivir algunos meses en el seno de ese paisaje sublime! Eso es la vida. ¡Oh, qué tonto no es ir en busca del poder, de un nombre, de la fortuna! ¡Pero si todo está en *Belgirate!* Allí está la poesía, allí la gloria. Debiera haberme convertido en tu intendente, ó bien, conforme me proponía ese querido tirano, á quien no podemos odiar, vivir al lado tuyo como caballero sirviente, cosa que nuestra exaltada pasión no nos ha permitido aceptar. Adiós, ángel mío, tú me perdonarás mis próximas tristezas en gracia á esta alegría que ha caído como un rayo de la antorcha de la esperanza que hasta hoy me pareció siempre un fuego fatuo.»

—¡Cómo ama! —exclamó Rosalía dejando caer la carta que le parecía muy pesada para sostenerla en sus manos— ¡escribir á los once años de ese modo!

Al día siguiente dijo la señorita de Watteville á su doncella:

—Marieta, vete á echar al correo esta carta; di á Jeromo que ya sé cuanto deseaba inquirir, y que sirva fielmente al señor Alberto. Confesaremos estos pecados sin decir á quién pertenecen las cartas, ni adónde van dirigidas. Me he equivocado, y yo soy la única culpable.

—La señorita acaba de llorar—observó Marieta.

—Sí, y no quiero que mi madre lo note. Tráeme agua fría.

En medio de las tormentas de su pasión, Rosalía escuchaba á menudo la voz de su conciencia. Conmovida por la admirable fidelidad de aquellos dos coraciones, se puso á rezar sus devociones, pensando que no tenía otro remedio que resignarse y respetar la ventura de dos seres dignos uno del otro, sometiénlose á su suerte y esperándolo todo de Dios, sin permitirse actos y deseos criminales. Sintióse más aliviada, y experimentó cierto consuelo íntimo después de haber tomado esta resolución, que le inspirara la rectitud tan natural á sus años. Animóla esta reflexión propia en una doncella: ¡se inmolaba por él!

—La otra no sabe amar—pensó.—¡Ah, como se tragara de mí, yo lo sacrificaría todo por un hombre que me amase tan ardientemente!... ¡Ser amada! ¿Cuándo y por quién lo seré? Ese caballero Soulas no adora sino á mi fortuna. ¡Que fuese pobre y se vería el caso que iba á hacer de mí!

—Rosalía, pequeña, ¿en qué estás pensando? Te sales del dibujo—dijo la baronesa á su hija, quien bordaba unas zapatillas para el barón.

Pasó Rosalía todo el invierno de 1834 á 1835 presa de conmociones secretas y violentísimas; pero cuando llegó la primavera, el mes de abril, época en que cumplía sus diez y nueve años, no pudo desechar el obsesivo pensamiento de que bien pudiera preferírsela á una duquesa de Argaiolo. Con los auxiliares de la calma y la quietud en que vivía, la perspectiva de una

lucha con su rival reanimaba el fuego de su pasión y sus bastardas ideas. Daba pábulo á su temeridad maravillosa amontonando en su imaginación planes sobre planes. Si bien es verdad que caracteres como el suyo resultan excepcionales, no lo es menos que existen muchas Rosalías, y esta historia contiene una lección saludable que debe servirles de ejemplo. Durante aquel invierno, Alberto Savarus hizo grandes adelantos en Besançon. Seguro de su victoria, esperaba con impaciencia que se disolviera la Cámara. Había conquistado á un hombre muy á propósito, uno de los embaucadores de Besançon, rico asentista que gozaba de grandes influencias.

Los romanos han emprendido en todas partes trabajos enormes, gastando sumas inmensas para poseer excelentes aguas y á discreción en todas las ciudades de su imperio. En Besançon bebían las de Arcier, montaña situada á larga distancia del pueblo. Besançon es una ciudad que se asienta en el hueco de una herradura descrita por el Doubs. Así, reconstruir el acueducto de los romanos para beber el agua que los romanos bebían en una ciudad que riega el Doubs, es una de esas bobadas que sólo toman en serio los de una provincia donde reina la gravedad más ejemplar. Logrando que semejante capricho apasionase á los bizantinos, era seguro que les decidiese á sacrificar enormes capitales, y claro como la luz, que podía aprovecharse de ello la persona más influyente. Alberto Savaron de Savarus resolvió que el Doubs no servía más que para fluir con mansedumbre bajo los puentes y que no había más agua potable que la de Arcier. Publicó la *Revista del Este*, inspirado en el sentido de las aspiraciones del comercio. Y resultó que nobles y plebeyos, los de la clase media y los legitimistas, el gobierno y la oposición, todo el mundo, estaba acorde en beber el agua de los romanos y en gozar del espectáculo de un puente suspendido. No se hablaba en Besançon más que del manantial de Arcier. Tanto en lo que respecta á la ciudad como en lo que convenía á los dos ferrocarriles de Versailles y á ciertos abusos inveterados, no faltó nada que empujase y diese importancia al pro-

yecto. Las personas razonables, minoría desde luego, que manifestaron su oposición merecieron el dictado de zoquetes. No había quien no hablase de los dos planos propuestos por el abogado Savaron. De manera que, al cabo de diez y ocho meses de manejos ocultos, había conseguido el ambicioso conmover á la ciudad más dormida de Francia, á la más hostil para el forastero, y á jugar, según expresión vulgarísima, con los elementos, á gozar de positiva influencia sin salir de casa. Había resuelto el difícil problema de ser poderoso donde quiera sin el auxilio de la popularidad. Ayudábale á ver más seguro su triunfo el que sobre lo dicho hubiese ganado en aquel invierno siete procesos favorables para sus clientes, clérigos de Besançon. Y este deseo insaciable que le obligaba á jugar con tan encontrados intereses y á valerse de tantos artificios, gastaba los esfuerzos supremos de su alma, desmesuradamente abierta. Hacíase lenguas el público de su desinterés; pero él observaba, sin que pusiera reparos, los honorarios que se le satisfacían. Su abnegación equivalía á cierta usura moral, puesto que confiaba en una ganancia que para él era más valiosa que todo el oro del mundo. Había comprado, so pretexto de hacer un favor á cierto comerciante que andaba mal en sus negocios, con fondos de Leopoldo Hannequin, corriendo el mes de octubre de 1834, una casa que le ofrecía la ventaja de ser considerado como contribuyente para que le incluyeran en la lista de los elegibles. Y la ventaja en cuestión pasó á los ojos de las gentes como si no se hubiese preparado.

—Realmente resulta usted hombre de condiciones excepcionales—le dijo el abate de Grancey, quien como es natural estudiaba, y aun puede decirse que adivinaba el talento del abogado. El vicario general había ido á verle con el propósito de presentarle á un canónigo que deseaba consultar al abogado.—Páreceme ver en usted á un sacerdote que ha errado su vocación.

Esto tuvo la virtud de emocionar singularmente á Savarus.

Por su parte, la señorita de Watteville había decidido en su privilegiado cerebro de mujer débil, que presentara al señor Savarus en sus salones, intro-

duciéndole en la sociedad del palacio Rupt. Cifraba aún sus ilusiones en ver y oír á Alberto. Había transigido, en una palabra, y las transacciones no son á menudo sino simples treguas.

Las tierras de Rouxey, patrimonio de los Watteville, rentaban, limpios, diez mil francos; pero en otras manos hubieran subido á mucho más. La negligencia del barón, cuya mujer debía disfrutar y disfrutó al cabo de diez mil francos de renta, abandonó los Rouxey al gobierno de uno como si dijéramos Santiago, criado viejo de la casa Watteville, conocido por Modinier. Esto no obstante, siempre que el barón y la baronesa deseaban salir al campo, iban á los Rouxey, cuya posición resulta en extremo pintoresca. El castillo, el parque, todo fué edificado por el famoso Watteville, en cuya vejez, no sabiendo estar ocioso, se apasionó de tan magníficos lugares.

Entre dos montículos, dos armellas de cresta desnuda y que se conocen por el grande y el pequeño Rouxey, en el fondo de un desfiladero por donde se precipitan las aguas que surgen de dichas moles dilatadas hasta el Diente de Wilard, yendo á confundirse con los hermosos manantiales del Doubs, ideó Watteville la construcción de un dique enorme, dejando dos vías para el desagüe. Corriente arriba tuvo un lago encantador y corriente abajo dos cascadas que uniéndose á pocos pasos de su rompiente engrosaban un río pintoresco, con que pudo regar el árido é inculto torrente que devastaba en otro tiempo el torrente de los Rouxey. Encerró dentro de una muralla al lago, al valle, á los dos montes, é hizo levantar una especie de monasterio sobre el dique que ocupaba fanega y media de largo; mandó, además, que le acarreasen toda la tierra que necesitaba para formar el lecho de su río y los canales de irrigación. Cuando el caballero Watteville hizo su lago más allá del dique en cuestión, era dueño de los dos Rouxey, pero no del valle superior que inundaba, como si le perteneciera, de mucho tránsito en todo tiempo, y que cierra una especie de herradura casi á la falda del Diente de Wilard. Pero inspiraba el viejo huracán tanto terror, que no se presentó el caso en toda su vida de que persona alguna

le reclamase ni procedieran contra él los habitantes de Riceys, lugarejo situado á espaldas del famoso Diente. Al morir el barón quedaban reunidos los declives de ambos Rouxey á dicha aspereza, por medio de una sólida muralla para impedir la inundación en los dos valles que desembocaban junto al desfiladero de los Rouxey, derecha é izquierda del pico de Wilard, pico que conquistó por este hecho. Sus herederos proclamáronse protectores de la aldea, y por tanto, mantuvieron la usurpación. El sangriento, el renegado, el célebre abate Watteville terminó su carrera plantando árboles, construyendo un soberbio camino en el flanco de uno de los Rouxey que iba á unirse con la carretera real. Correspondían al parque y á la quinta infinidad de terrenos mal cultivados, casas de campo levantadas en las laderas y bosques que no explotaba nadie. Todo era salvaje y solitario, sin más guarda que la de la naturaleza, y todo crecía allí con la espontaneidad propia de la vegetación libre, inculta, aunque rica en asperezas y quebradas. Con lo dicho se tendrá idea del cuadro que ofrecían los Rouxey.

Es inútil recargar esta descripción, contando los prodigiosos esfuerzos y la astucia de que se valió Rosalía para conseguir, sin que lo sospechasen, su propósito. Basta con que se consigne que salió de Besançon en mayo de 1835, obedeciendo á su madre, y utilizando una pesada berlina que arrastraban dos enormes caballos de alquiler, junto con su padre. Dirigíanse ambos á los Rouxey.

El amor es un mago que abre los ojos á las doncellas. Al día siguiente de su llegada á los Rouxey, cuando la señorita de Watteville, levantándose del lecho, vió desde la ventana de su cuarto la hermosa balsa de cuyas tranquilas aguas se elevaban al ambiente vapores que parecían nubes de humo y que formaban como un penacho en las copas de los alerces y de los abetos, rozando los dos picos hasta ganar las cumbres, exhaló un grito de admiración.

— ¡Se han querido ellos en los lagos! ¡Está ella en un lago! Decididamente el lago convida á amar.

Un lago cuyo caudal aumentan las nieves ofrece

en sus aguas el color del ópalo, y tiene tal transparencia que se diría que es un inmenso diamante; pero si como el de Rouzey está encerrado entre dos moles de granito poblada de pinabets y reina en él un silencio propio de las sabanas y de las estepas, arranca á todo el mundo el grito que profirió Rosalía.

—Todo eso es obra—le dijo su padre—del célebre Watteville.

—A fe mía, que no se dirá sino que ha tratado de hacerse perdonar sus yerros. Embarquemos en el bote y vamos hasta el límite; así se nos abrirá el apetito para el almuerzo.

Llamó el barón á dos jardineros, mozos que sabían remar, y mandó á su primer ministro Modinier que le acompañase.

Medía el lago, en ciertos sitios, tres fanegas de ancho, y en otros cinco ó seis, y doscientos de longitud. Rosalía llegó en breve al extremo que cierra el Diente de Vilard, Jun Frau de esta Suiza en miniatura.

—Hemos llegado, señor barón—dijo Modinier haciendo seña á los remeros para que atracasen la barca;—¿quiere usted ir á ver...?

—¿Ver qué?—preguntó Rosalía.

—Oh, nada—respondió el barón.—Pero tú eres una muchacha discreta; y, pues nos confiamos nuestros secretos, te diré lo que me atormenta el espíritu: han surgido, á partir de 1830, algunas dificultades que me traen á mal traer con el municipio de Riceys, precisamente á causa del Diente de Vilard, y yo querría una avenencia sin que se enterara tu madre, porque ella es de carácter enérgico y capaz de llevarlo todo á sangre y fuego, sobre todo si supiera que el alcalde de los Riceys ha ideado esta provocación para hacerse popular entre los suyos.

Rosalía disimuló con acierto su alegría, proponiéndose influir solapadamente en el ánimo de su padre.

—¿De qué se trata?—dijo.

—Señorita, las gentes de los Riceys—explicó Modinier—tienen, desde tiempo remoto, derecho de pastos y de corte de leñas en la parte del Diente que cae hacia sus dominios. Ahora bien, el señor Chantonnit, su alcalde desde 1830, pretende que todo el monte

pertenece á su término municipal y que algunos años atrás, más de cien, pasaban por nuestras tierras... Comprenderá usted que entonces no estaríamos en nuestra propia casa. Después ese bestia añadiría lo que murmuran los viejos de Riceys, que el abate Watteville usurpó el terreno del lago. ¡Eso equivale á la muerte de los Rouzey, qué demontre!

—¡Ay, hija mía! Dicho entre nosotros, todo lo que se cuenta es cierto—agregó ingenuamente el señor de Watteville.—Esta tierra resulta evidentemente una usurpación que ha consagrado el tiempo. De modo que para que no se me vuelva á atormentar nunca, deseo proponer que se fijen, de una manera amistosa, mis límites por esta parte del Diente de Vilard, donde levantaré un paredón.

—Si cedes á las exigencias de la República, acabará por vencerte. A ti te corresponde, por el contrario, amenazar á los Riceys.

—Eso mismo decía yo anoche al señor—objetó Modinier;—pero para mayor seguridad le propuse que viniéramos á examinar sobre el terreno si existe en esta ó en la otra parte del montículo, y tenga la elevación que tenga, algún signo de cercado ó coto.

Hacia cien años que ambas partes explotaban el Diente de Vilard, especie de muro medianero entre los Riceys y los Rouzey, que no ofrecía grandes ventajas, sin que se llegase á medidas extremas. El punto en litigio hallábase cubierto de nieve durante seis meses, y esto, según se comprenderá, era bastante para enfriar la disputa. Preciso fué que la revolución de 1830 enardeciese los ánimos de los defensores del pueblo, para resucitar este asunto, aprovechando lo cual, el señor Chantonnit, alcalde de Riceys, quiso dar un tinte dramático á su apacible existencia pasada en la frontera tranquila de Suiza y hacer célebre el período de su administración. Como indica su nombre, Chantonnit era oriundo de Neuchatel.

—Querido padre—dijo Rosalía volviendo á la barca,—apruebo lo que dice Modinier. Si quieres afirmar la medianería del Diente, es preciso que obres sin desmayo y obtengas sentencia firme que ponga á raya los atrevimientos de ese Chantonnit. ¿Por qué has de

tener miedo? Busca al abogado Savaron, búscalo en seguida antes de que Chantonnit no le confie la defensa de su concejo. El que ganó la causa del Capítulo contra la ciudad ganará también la de Watteville contra los Riceys. Por otra parte, los Rouxeys han de pertenecerme algún día (lo más tarde posible, así lo deseo); pues bien, no me dejes pleitos en litigio. Me gustan estas tierras, y pasaré en ellas largas temporadas, mejorándolas cuanto me sea posible. Sobre estas orillas—añadió señalando las faldas de los dos Rouxeys—recortaré canastillos y construiré encantadores jardines á la inglesa... Volvamos á Besançon y traigámonos aquí al abate de Grancey, á Savaron y á mi madre si quiere seguirnos. Entonces podrás decidirte á lo que convenga, aunque yo en tu lugar ya lo habría resuelto. ¡Llevas el nombre de Watteville y te asusta la lucha! Si pierdes el pleito... ¡qué diablo! no he de echártelo en cara.

—Oh, si así lo tomas, bueno; veré al abogado.

—Sin contar que un pleito es muy divertido. Presta cierto interés á la vida: se va y viene, se agita uno. No tendrías que dar muchos pasos para entenderte con los jueces. ¡En veinte días seguidos no se le pudo echar los ojos encima al abate de Grancey, tan ocupado estaba!

—Como que era para el Capítulo cuestión de vida ó muerte. Además, el amor propio, la conciencia del arzobispo, todo cuanto interesa á los curas se jugaba en la partida. ¡Ese Savaron no sabe cuánto ha hecho por el Capítulo! Le ha salvado.

—Escucha—le dijo su hija al oído.—Si tienes á Savaron de tu parte, ganas, ¿no es cierto? Pues permíteme una advertencia; no decidirás á Savaron si no te vales del señor de Grancey. Si quieres crearme, hablemos juntos al querido abate, sin que mi madre asista á la conferencia, pues conozco el medio de decidirlo á que nos conquiste el abogado.

—Difícil veo no hablar del asunto á tu madre.

—El abate de Grancey se encargará de ello después; pero es preciso que te decidas á prometer tu voto á Savaron para las próximas elecciones: hazlo y verás.

—¡Ir á las elecciones! ¡Prestar juramento! — exclamó el barón de Watteville.

—¡Bah!

—¿Y qué dirá tu madre?

—Es posible que ella misma te mande hacerlo—respondió Rosalía sabiendo por la carta de Alberto á Leopoldo los compromisos del vicario general.

Cuatro días después, entraba por la mañana temprano al abate Grancey en casa de Alberto Savarus, previo el anuncio de su visita. El cura iba á conquistar al gran abogado en favor de los Watteville, maniobra que revela el tacto y la astucia con que secretamente procedió Rosalía.

—¿En qué puedo ser útil á usted, señor vicario general?—preguntó Savarus.

Alberto escuchó fríamente al abate, quien expuso el negocio con toda candidez.

—Me es imposible encargarme de los intereses de la casa Watteville, y fácilmente comprenderá usted la razón. Mi papel aquí estriba en guardar la más completa neutralidad. No quiero señalarme y debo aparecer como un enigma hasta la víspera de mi elección. Luego, pleitear por los Watteville no significaría nada en París; ¡pero aquí...! Aquí, donde todo se comenta me convertiría yo para todo el mundo en el nombre de vuestro barrio Saint-Germain.

—¿Eh? ¿Cree usted acaso que podrá usted permanecer desconocido cuando, el día de las elecciones, los candidatos se embistan? Pero entonces se sabrá que se llama usted Alberto Savarus, que ha figurado usted en el Consejo real, que procede usted de la restauración.

—El día de las elecciones seré lo que haga falta que sea. Cuento con hablar en las reuniones preparatorias.

—Si el señor de Watteville y su partido le apoyase, tendría usted cien votos compactos y algo más seguros que aquellos con que usted cuenta ahora. Se puede sembrar siempre la división entre los intereses, pero no se separa nunca las convicciones.

—¡Eh!—replicó Savarus—ya sabe que le estimo y que puedo hacer mucho por usted, padre mío. Quizás

existen ciertas inteligencias con el demonio. Sea el que fuere el pleito del señor de Watteville, podemos, recurriendo á Girardet y dirigiéndole, sostener el procedimiento judicial hasta pasadas las elecciones. No me encargaré de la defensa sino al día siguiente de mi elección.

—Haga usted una cosa—dijo el abate:—venga usted al hotel Rupt; hay allí una joven de diez y nueve años que debe heredar un día cien mil libras de renta, y parecerá que le hace usted la corte...

—¡Ah, es esa joven á quien veo frecuentemente en aquel kiosko...

—Sí, la señorita Rosalía. Usted tiene ambición, y como gustase usted á la moza, alcanzaría todo cuanto un ambicioso desea, ¡quién sabe! Es posible que llegara usted á ministro. Se llega infaliblemente á ministro cuando á una fortuna de cien mil libras de renta se juntan las maravillosas aptitudes de usted.

—Señor abate—interrumpió vivamente Alberto,—aunque la señorita de Watteville tuviese una fortuna tres veces mayor y me adorara, me sería imposible darle mi nombre...

—¿Es usted casado, por ventura?

—No en la iglesia, ni en la alcaldía, sino moralmente.

—Eso es peor, cuando uno trata de ser tan firme como usted parece serlo; pero todo lo que no está hecho puede deshacerse. No funde usted nunca su fortuna y sus proyectos en el querer de una mujer, del mismo modo que el hombre prudente no cuenta con los zapatos de un muerto para emprender un viaje.

—Dejemos á la señorita de Watteville—replicó gravemente Alberto—y vengamos á lo que importa. Para servirle á usted, á quien venero y respeto, pleitearé pasadas las elecciones por el señor de Watteville. Hasta entonces su asunto estará en manos de Girardet, que seguirá mis consejos. Es cuanto puedo hacer.

—Pero hay cuestiones que no pueden decidirse sino examinando el territorio.

—Ira Girardet. No quiero aventurarme á una mar-

cha, y á la vista de un pueblo que conozco muy bien, á una marcha, digo, que pueda comprometer los inmensos intereses representados por mi elección.

Dejó el abate de Grancey á Savarus dirigiéndole una mirada astuta con la cual parecía reirse de la política firme del joven atleta, admirando su resuelta tenacidad.

Al día siguiente de la entrevista, cuyo resultado comunicó á Rosalía su padre, pensaba la joven, en lo alto del kiosko, contemplando al abogado:

—¡Ah, conque habré inducido á mi padre á sostener un pleito, y hecho todo lo posible para introducirte en mi casa, y pecado mortalmente, y aun así no vendrás al salón del palacio! Rupt, ni oiré tu voz elocuentísima! ¿Dictas condiciones por tu concurso cuando los Watteville y los Rupt te lo piden? ¡Pues bien! Dios lo sabe; me contentaba con esta sombra de ventura: verte, oírte, ir á los Rouxey contigo para hacérmelos consagrar por tu presencia. No pedía más... Pero ahora seré tu mujer... Sí, sí, mira sus retratos, examina sus salones, su cámara, los cuatro costados de su villa, todas las vistas de sus jardines. ¿Esperas tú su estatua? Yo la convertiré en mármol á ella misma para tí... Esa mujer no ama. Las artes, las ciencias, la literatura, el canto, la música, se han apoderado de la mitad de sus sentidos y de su inteligencia. Es vieja, además; pasa de los treinta años y mi Alberto sería desgraciado con su cariño.

—¿Qué haces ahí?—le dijo su madre interrumpiendo sus reflexiones.—El señor de Soulas está en el salón y se ha fijado en tu actitud en que seguramente se traslucen más pensamientos de los que deben tenerse á tu edad.

—¿El señor Soulas es enemigo del pensamiento libre?

—¿Luego tú pensabas?—preguntó la señora de Watteville.

—Sí, mamá.

—No, no, tú no pensabas. Lo que hacías era mirar las ventanas de ese abogado con abstracción que no es ni digna ni decente, y que el señor Soulas menos que nadie debía descubrir.

—¿Y por qué motivo?

—Ya es tiempo—contestó la baronesa—de que conozcas nuestras intenciones; le gustas á Amadeo y no serás desgraciada llamándote condesa de Soulas.

Pálida como un lirio, Rosalía no contestó á su madre, tan estúpida la puso la violencia de sus sentimientos contrariados. Pero cuando se vió en presencia del hombre que odiaba encarnizadamente hacia un instante, supo sonreír como sonríen las bailarinas al público. En una palabra, pudo reír y tener voluntad para disimular su enojo que se calmó; ocurriósele valerse de aquel joven tonto para conseguir sus designios.

—Amadeo—le dijo aprovechando la oportunidad de que la baronesa, fingiendo dejarlos solos, paseaba delante de ellos por el jardín—¿ignora usted que el señor Alberto Savaron de Savarus es legitimista?

—¿Legitimista?

—Antes de 1830 era consejero de Estado, agregado á la Presidencia del Consejo de ministros, bien querido del Delfín y de la Delfina. Le estaría á usted bien no tomarle ojeriza; y mejor aún concurrir á las elecciones este año, votarle y evitar que ese pobre Chavoncourt represente á la ciudad de Besançon.

—¿Y qué ventolera le ha dado á usted para interesarse así por ese Savarus?

—El señor Alberto de Savarus, hijo natural del conde de Savarus (oh, guárdeme usted el secreto y no divulgue mi indiscreción) nos defenderá el pleito de los Rouxey si sale diputado. Los Rouxey serán de mi propiedad, según me ha dicho mi padre, y quiero vivir allí, porque es su paisaje sublime. No podré consolarme nunca si veo aquella creación del gran Watteville destruida...

—¡Diantre!—pensó Amadeo al salir del hotel Rupt—esta heredera no es tan necia como su madre cree.

Era el señor de Chavoncourt un realista del famoso 221. Desde la revolución de julio abogaba por la saludable doctrina de que se obligase á prestar juramento y se empeñara la lucha electoral con el orden con que proceden los *torys* contra los *whigs* en Inglaterra. Pero no aceptaron tales ideas los legitimistas.

quienes, en la derrota, tuvieron el talento de sembrar la discordia y confiar en la fuerza de la inercia y en lo providencial. Expuesto á la desconfianza de su partido, Chavoncourt pareció excelente elección para los moderados, quienes prefirieron el triunfo de sus opiniones al triunfo de un republicano que reunía los votos de los exaltados y de los patriotas. Hombre muy apreciado en Besançon, representaba Chavoncourt á una antigua familia parlamentaria; su fortuna, que ascendía próximamente á quince mil francos de renta, no era gran cosa, sobre todo considerando que tenía un hijo y tres hijas. Con tales cargas, quince mil francos de renta casi pierden su valor. De modo que, cuando en tales circunstancias se mantiene incorruptible un padre de familia, difícil es que no le respeten sus electores. A los electores les apasiona el bello ideal de la virtud parlamentaria, tanto como les apasiona un parterre, por la pintura que hace de sentimientos generales y que de ordinario no practica. La señora de Chavoncourt, que frisaba con los cuarenta años, era una de las mujeres más hermosas de Besançon. En invierno recibía ceremoniosamente un día por semana, los martes, desempeñando con discreción su papel de ama de casa. El joven de Chavoncourt, de veintidós años, era muy amigo de otro hidalgo llamado Vauchelles, no más rico que Amadeo y que había sido en el colegio su camarada. Se paseaban juntos por Granvelle y juntos se dedicaban al ejercicio cinegético. En igual correspondencia con las pequeñas Chavoncourt, no ignoraba Rosalía que estos tres jóvenes no tenían secretos unos para otros. Pensó, pues, que si Soulas cometía alguna indiscreción había de ser con sus dos amigos íntimos. Ahora bien, el señor Vauchelles tenía su plan, en lo que respecta al matrimonio, como Amadeo; quería casarse con la mayor de las Chavoncourt, á quien una tía, que estaba con el pie en el otro mundo, prometiera siete mil francos de renta y cien mil contantes y sonantes en el momento de formalizarse el contrato. Era Victoria la ahijada y la predilecta de la buena mujer. Indudablemente, el joven Chavoncourt y Vauchelles darían

al candidato Chavoncourt la voz de alerta. Pero ni aun así quedó Rosalía satisfecha, puesto que escribió al prefecto, disfrazando la letra con su izquierda mano, un anónimo firmado *Un amigo de Luis Felipe*, en que le denunciaba los manejos secretos de Savarus para afirmar su candidatura, haciéndole notar el peligroso concurso que prestaría á Berryer el orador realista, y descubriéndole la grave conducta observada por el abogado durante su estancia en Besançon. Era el prefecto hábil y astuto diplomático, enemigo personal de los realistas, afecto por convicción al gobierno de julio, en una palabra, hombre de los que obligaron á decir al ministro del Interior en la calle de Grenelle: «Tenemos un excelente funcionario en Besançon». El prefecto leyó la carta y la arrojó al fuego, según el encargo que se le hacía.

Rosalía deseaba que fracasara Alberto en las elecciones para que continuase en Besançon cinco años más.

Por aquel tiempo las elecciones proporcionaron campo vastísimo para una lucha reñida á los partidos, y proponiéndose triunfar en ella, el ministerio preparó sus armas escogiendo el instante á propósito para dar la batalla. Las elecciones no se verificarían sino tres meses después del momento en que se iniciaron estas maniobras. Cuando el hombre lo espera todo de su triunfo, el tiempo que pasa entre el decreto de constitución de colegios y el día fijado para votar, viene á ser como un período en que la vida normal se halla, digámoslo así, en suspenso. Se comprenderá, pues, que Rosalía tuviese en cuenta esta circunstancia para moverse á su antojo aprovechando aquel lapso, y contando con la preocupación irremediable de Savarus. Decidió á Marieta, prometiéndole, según confesó más tarde, que la tomaría á su servicio lo mismo que á Jeromo, la decidió, repito, para que le entregase las cartas que mandase Alberto á Italia y las que le fuesen dirigidas desde dicho país. Y lo bueno era que maquinando sus proyectos, la doncella seguía bordando las chinelas de su padre con la mayor ingenuidad del mundo. Creyendo que su actitud cándida é inocente le daba más seguras armas para el

combate, fingió con redomada astucia ser más simple que lo había sido hasta allí.

—Mi hija es cada día más encantadora—exclamaba á menudo la baronesa de Watteville.

Celebróse, dos meses antes de las elecciones, una reunión en casa del señor Boucher padre, á que asistieron el contratista que confiaba en conseguir la subasta de materiales para el puente de las aguas de Arcier, el suegro de Boucher, Granet, hombre influente agradecido á Savarus y que debía proponerle como candidato, su hechura, Girardet, el impresor de la *Revista del Este*, el presidente del tribunal de comercio, y otros: en suma, veintisiete personajes de los conocidos en provincias con el nombre de *grandes pasteleros*. El que menos representaba seis votos, pero recontándolos se elevó la representación á diez, pues no hay quien deje de exagerar su propia influencia. Contaba el prefecto con un devoto entre aquellos veintisiete individuos, algún Judas que esperaba el apoyo secreto del ministerio para los suyos ó para sí propio. Convinose en dicha conferencia nombrar candidato al abogado Savaron, y fué tan grande el entusiasmo, que no habría podido imaginarse tal en gentes de Besançon. Aguardando la visita de Alfredo Boucher, Alberto platicaba en su gabinete con el abate de Grancey, interesado, según se sabe, en que el joven consiguiera el logro de su ideal. Alberto había reconocido las excelentes aptitudes del sacerdote para los manejos de la política, y á su vez el sacerdote, á quien interesaron los ruegos del joven, se prestaba á ser guía y consejero suyo en aquella lucha suprema. No era santo de la devoción del Capítulo Chavoncourt; pues el cuñado de su mujer, presidente del Tribunal, dictó sentencia condenatoria al verse el célebre pleito en primera instancia.

—Se le ha hecho á usted traición, querido hijo—díjole el respetable y agudo cura con el acento tranquilo y dulce que emplean los viejos pastores.

—¿Cómo! ¿qué habla usted de traición?—replicó el enamorado mozo sintiendo el golpe en lo más íntimo de su ser.

—¿Y por quién? Lo ignoro—añadió el sacerdote.—

Ello es que la prefectura conoce los proyectos de usted y está al cabo de todos los manejos. No me es posible darle consejo alguno, porque estos casos son dignos de maduro examen. Por lo que respecta á la reunión preparatoria de esta noche, esté usted alerta para resistir contra los golpes que le amagan. Confíese usted hasta lo más mínimo de su vida pasada, único medio para atenuar el efecto que este descubrimiento producirá á los bizontinos.

—¡Oh, ya me lo esperaba yo!—dijo Savarus desconcertadamente.

—No ha querido usted oír mis advertencias, cuando no le faltó á usted ocasión de dominar en la casa Rupt y no sabe usted cuánto habría ido usted ganando...

—¿Qué, veamos, qué?

—La unanimidad de los realistas; una inteligencia pasajera, sin riesgos, para acudir á los comicios... En suma, más de cien votos. Uniendo lo que entendemos familiarmente por *votos eclesiásticos*, no estaba todavía afirmada su elección, pero dominaba ya usted imponiendo el escrutinio por sorteo. En este caso se parlamenta, se consigue...

Entró en este instante Alfredo Boucher, anunciando entusiásticamente lo decidido en la reunión preparatoria, y encontró al vicario general y al abogado fríos y graves.

—Adiós, señor abate; heblaremos más despacio después de las elecciones, del asunto que me recomienda.

Y el abogado cogió el brazo de Alfredo, después de estrechar significativamente la mano de Grancey. Contempló el cura al ambicioso doncel en cuyo rostro fulguró la llama sublime que enciende el de los generales, sin duda, cuando oyen el primer disparo del cañón al empezar la batalla. Elevó los ojos al cielo y abandonó la estancia murmurando:

—¡Qué buen sacerdote haría!

No hay que buscar la elocuencia en el foro. Raro es que el abogado emplee todas las energías vitales de su alma, y si no fuese así veríasele sucumbir al cabo de breves años. Raro es también verla autorizada hoy en el púlpito; pero no falta para dar lustre á determi-

nadas sesiones de la Cámara de diputados donde el que siente el fuego de la ambición juega el todo por el todo, ó asañado por mil flechas, rompe á hablar en el momento crítico. Pero no falta ese don, seguramente, á ciertos seres privilegiados en el fatal cuarto de hora en que las pretensiones humanas están á punto de fracasar ó vencer y en que dichos individuos se ven en el caso de recurrir á la oratoria. Por eso, en la reunión preparatoria, Alberto Savarus, sintiendo la necesidad de conquistar parciales, desarrolló cuantas facultades poseía, poniendo en juego todas las energías de su espíritu. Entró correctamente en el salón, sin producirse con encogimiento ni arrogancia, sin flaquear, grave; vióse, sin que ello le sorprendiera, rodeado por treinta personas y pico. El anuncio de la reunión había atraído algunos corderos obedientes á la campanilla. Antes de que hablara Boucher, que pretendía soltar un discurso explicando la resolución del comité, Alberto impuso silencio haciendo signo á su amigo y estrechándole la mano como para prevenirle de un peligro que amenazaba de pronto.

—Mi compañero Alfredo Boucher acaba de enterarme de la honra que se me dispensa; pero antes de que tamaña resolución pueda considerarse definitiva, quiero advertir á los que me oyen quién es vuestro candidato para dejaros en libertad, si mis declaraciones siembran el desconcierto en vuestra conciencia.

Este exordio del abogado tuvo la virtud de imponer á las masas un profundo silencio. No faltó quien dijera que eran muy nobles aquellas palabras.

Habló Alberto de lo que importaba á su vida ignorada, declarando su verdadero nombre y su proceder bajo la Restauración; convino en que era otro ser nuevo, desde su llegada á Besançon, y tuvo buen cuidado de hacer fervientes protestas y promesas sugestivas en lo que se refería al porvenir. El discurso tuvo, según públicas referencias, pendiente al auditorio. Aquellos hombres, que defendían intereses encontrados, sintiéronse subyugar por la elocuencia que salía en oleadas encendidas del corazón y del alma de aquel

ambicioso. Se le admiraba, y cuando se admira no se reflexiona. Sólo se comprendió una cosa, y era lo que Alberto quería fijar con caracteres indelebles en los cerebros.

¿No valía mucho más para un pueblo que le representase uno de esos hombres destinados á gobernar la sociedad entera, que no una máquina útil sólo para emitir votos? Un estadista representa una potencia inconmensurable, el diputado mediocre é incorruptible no pasa de ser una conciencia digna de respeto. ¿Qué gloria para los provenzales haber presentado á Mirabeau y haber votado al único hombre de Estado que produjo la revolución de julio!

Sujetos al mágico influjo de la elocuencia que así les ganaba, creyeron fácilmente que su representante la explotaría como hábil instrumento político. Ni uno solo dejó de ver al ministro Savarus en Alberto Savaron. Adivinando los mudos pensamientos de su auditorio, el astuto candidato dejó traslucir á sus oyentes que adquirirían primero que nadie el derecho de utilizar su futura influencia.

Aquella profesión de fe, aquella protesta ambiciosa, aquel cuento de su vida y aquella pintura de su carácter, resultó, á juicio del único hombre capaz de adivinar á Savarus y que más tarde se convirtió en uno de los notables de Besançon, obra maestra de astucia, de sentimiento, de fogosidad interesante y sugestiva. El torbellino de la oratoria arrastró á los electores, y se asegura que no puede tenerse idea de triunfo igual. Pero desgraciadamente, no ofrece la palabra, especie de arma que se dispara á boca de jarro, sino un efecto momentáneo, inmediato. La reflexión mata á la palabra cuando la palabra no ha vencido á la reflexión. De votar entonces, cierto era que el nombre de Alberto surgía de las urnas. En aquel instante triunfara. Pero necesitaba salir victorioso todos los días durante dos meses. Retiróse Alberto palpitante de emoción. Aplaudido por los bizontinos, acababa de obtener la ventaja inmensa de matar en flor los torcidos propósitos que hicieran arma de sus antecedentes. El comercio de Besançon le declaró candidato suyo; pero el entusiasmo de Alfredo Boucher,

contagioso al principio, debía á la larga producir un desastre.

Asustado el prefecto por el éxito en cuestión, púsose á contar y recontar los votos ministeriales y supo arbitrarse, para obtener una entrevista secreta con Chavoncourt, con quien pactó una coalición en defensa de los comunes intereses. Cada día, y sin que Alberto pudiera saber cómo, iban disminuyendo los votos del comité Boucher. Un mes antes de las elecciones contaba apenas Alberto sesenta votos. Nada resistía al insistente trabajo de la prefectura. Tres ó cuatro hombres hábiles soplaban al oído de los clientes de Savarus: «¿Defenderá y ganará el diputado nuestros pleitos? ¿Os aconsejará, concluirá vuestras transacciones? Le tendréis á vuestro arbitrio durante cinco años más si, en lugar de enviarlo á la Cámara, le dejáis la esperanza del triunfo en las siguientes elecciones.» Este manejo fué tanto más perjudicial para Savarus, cuanto que ya lo hacían por su cuenta las mujeres de algunos comerciantes. Los interesados en el asunto del puente y en las aguas de Arcier no resistieron á las razones de un diestro ministerial, quien les probó que la protección que buscaban la obtendrían mejor en la prefectura que no en la influencia de un ambicioso. No se pasaba día sin que Alberto recibiese un nuevo desengaño, aunque no desmayase en dirigir la batalla hora por hora, secundado por sus lugartenientes; batalla de palabras, de discursos, de danzas y contradanzas. No se atrevía á ver al vicario general, ni el vicario general se daba á luz. Alberto se levantaba y acostaba lleno de fiebre y con el cerebro abrasado. Llegó por fin el día de la primera lucha, lo que se llama reunión previa, en que se cuentan los votos, en que tantean los candidatos sus probabilidades de éxito y en que ya pueden calcular los que no son tontos su fracaso ó su victoria. Es una escena de *hustings* honrado, sin populacho, pero terrible: aunque no tienen expresión física, como en Inglaterra, las emociones no son menos profundas. Los ingleses ventilan estos negocios á puñetazo limpio, y en Francia la lucha es de frases. Nuestros vecinos riñen una batalla y los franceses disputan su